



MIGUEL DE CERVANTES  
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

EDICIÓN DE LA  
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA  
ADAPTADA POR  
ARTURO PÉREZ-REVERTE



REAL ACADEMIA  
ESPAÑOLA



© Real Academia Española, 2014  
© De la adaptación y prólogo: Arturo Pérez-Reverte, 2014  
© De la adaptación: Santillana Infantil y Juvenil, S. L., 2014  
© Historia de El Quijote «popular y escolar» de la Real Academia Española (1912-2014): Darío Villanueva, 2014

Avenida de los Artesanos, 6.  
28760 Tres Cantos (Madrid)

© De esta edición:  
2014, Distribuidora y Editora Richmond S.A.  
Cra. 11A No. 98-50 Of. 501  
Bogotá, Colombia  
Teléfono +57 1 705 7777  
Fax +57 1 705 7777 Ext. 1222  
www.santillana.com.co

- Ediciones Santillana S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
- Editorial Santillana, S.A. de C.V.  
Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,  
Delegación Benito Juárez  
Distrito Federal, México. C.P. 03240
- Santillana Infantil y Juvenil, S.L.  
Avenida de Los Artesanos, 6. CP. 28760, Tres Cantos, Madrid

Primera edición en España: noviembre de 2014  
Primera edición en Colombia: diciembre de 2014  
Segunda reimpresión en Colombia: enero de 2020

ISBN: 978-958-743-391-3  
Printed in Colombia - Impreso en Colombia  
Impreso por Editorial Delfín S.A.S.

Revisión de textos y coordinación editorial: Carlos Domínguez Cintas

Diseño de cubierta: Pep Carrió  
Diseño de interior: Juan Esbert

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.



EL INGENIOSO HIDALGO  
DON QUIXOTE  
DE LA MANCHA

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICIÓN

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

ADAPTADA POR  
ARTURO PÉREZ-REVERTE



CON SUPERIOR PERMISO:  
EN MADRID

POR LA REAL ACADEMIA  
Y SANTILLANA IMPRESOR.

MMXIV.



Estampa de Francisco de Goya finalmente descartada para ilustrar el Quijote académico de 1780.

# PRÓLOGO

Arturo Pérez-Reverte

Hay numerosos *Quijotes* escolares que consisten en adaptaciones, antologías y reescrituras del texto cervantino. Algunos son muy recomendables, pero en su mayor parte no permiten una lectura rigurosa, limpia y sin obstáculos, de la trama básica que narra la peripecia del ingenioso hidalgo y su escudero. Y cuando se trata de trabajar en colegios con el texto íntegro, las digresiones y relatos insertos en él perturban a veces la aproximación amena, eficaz, que una herramienta educativa o una lectura sencilla pueden reclamar.

A ese objeto responde esta edición del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, adaptada para uso escolar por la Real Academia Española. A fin de facilitar una lectura sin interrupciones de la trama principal, se han retirado del texto original algunos obstáculos que pueden dificultar aquélla. Esa labor de poda, muy prudente y calculada, dedica especial atención a la limpieza de los puntos de sutura de los párrafos eliminados, para que la ausencia de éstos no se advierta en una lectura convencional. Eso incluye la reenumeración y refundición de algunos capítulos, que en su mayor parte conservan el título del episodio original al que pertenecen.

En cada caso se ha procurado respetar la integridad del texto, los episodios fundamentales, el tono y la estructura general de la obra.

La presente edición sigue con fidelidad extrema el texto original utilizado, que es el de la magnífica edición impresa por Ibarra y publicada por la Real Academia Española en 1780, obra magna y orgullo de esta Institución. Tan sólo se corrigen, para facilitar una lectura fluida y evitar notas a pie de página —la única se destina a explicar quién fue Avellaneda—, algunos términos quizá confusos para un lector convencional y cuyo significado no puede deducirse con facilidad del contexto. También se han aplicado las reglas de la *Ortografía de la lengua española* de 2010. Casi todas las palabras añadidas, sustituidas o actualizadas —no más de un centenar— provienen de la edición de Francisco Rico de 2004 y del *Vocabulario de Cervantes* de Carlos Fernández Gómez publicado por la Real Academia en 1957.

Para esta edición se ha elegido la misma bella tipografía utilizada por Ibarra en la de 1780. Y en lo que se refiere a las ilustraciones, en vez de las láminas grabadas por Salma y Carnicero, tan hermosas como conocidas, hemos preferido publicar los interesantes dibujos originales, inéditos hasta ahora, de donde proceden aquellas láminas. Eso incluye el realizado por el entonces joven artista Francisco de Goya; dibujo que en su momento —paradojas de la vida— no fue utilizado por la Academia.

Arturo Pérez-Reverte  
De la Real Academia Española

HISTORIA DE EL QUIJOTE  
«POPULAR Y ESCOLAR»  
DE LA REAL ACADEMIA  
ESPAÑOLA (1912-2014)

En 2014 la Real Academia Española está de cumpleaños. O, por mejor decirlo, de cumpleaños. Comenzó como una iniciativa modesta de lo que hoy denominamos la sociedad civil con las reuniones, en el verano de 1713, de ocho ilustrados en la casa del marqués de Villena. Un año más tarde, en octubre de 1714, el rey Felipe V la pondría bajo su amparo mediante una Real Cédula.

Las guerras impidieron la conmemoración del primer y segundo centenario de esta efeméride. En 1813-1814 España lo estaba contra el francés, y en 1913 el director de la Academia, Antonio Maura, programó algunas actividades para la fecha exacta del segundo centenario de la Real Cédula mencionada, que el comienzo en agosto de 1914 de la guerra europea desaconsejaría finalmente realizar.

No es el caso, por suerte, de este año de 2014, en que la RAE no pretende festejar, sino estrictamente conmemorar –hacer memoria– de sus trescientos primeros años. Y una de sus realizaciones más memorables fue precisamente la edición ilustrada de *El Quijote* que Ibarra editó en 1780, cuando la Real Academia Española había satisfecho ya sus compromisos más perentorios:

la elaboración del llamado *Diccionario de autoridades*, que contiene la primera *Ortographía de la lengua castellana*, reeditada ya exenta en 1741, y la primera *Gramática*, de 1771.

No faltan en las páginas cervantinas auténticas premoniciones de la fecunda suerte de *El Quijote* en cuanto a su recepción creativa por parte de los artistas plásticos. Ya al comienzo de su primera salida, el caballero andante invoca la «dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a la luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro», y a esta profecía dará nuevos bríos Sancho Panza cuando la segunda parte de 1615 está ya terminando: «—Yo apostaré —dijo Sancho— que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón o tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas».

De 1614, cuando aún no se había publicado esa segunda parte, datan las primeras imágenes conocidas de don Quijote, su escudero Panza y otros personajes de la novela. Todo parece indicar que estas ilustraciones, atribuidas a Andreas Bretschneider, nacen relacionadas con otro de los aprovechamientos tempranos que de las imaginaciones cervantinas se hace enseguida para ilustrar e inspirar los desfiles, pantomimas y comparsas de las fiestas barrocas, pues las encontramos en una publicación de Leipzig conmemorativa de las celebraciones que tuvieron lugar en Dessau, en octubre de 1613, con motivo del bautizo de un vástago de la casa de Sajonia.

La conciencia de que España no estaba a la altura de Holanda, Inglaterra o Francia en la ilustración textual de la obra maestra del Príncipe de sus ingenios pesa en la decisión que la Real Academia Española toma en su junta ordinaria de 11 de marzo de 1773 para promover «una impresión correcta y magnífica de Don Quixote que es la principal y más perfecta obra de Cervantes [...] con láminas inventadas para la propiedad de los ropages y abiertas por los mejores Profesores de la Academia de San Fernando y con los demás adornos correspondientes para que en todas sus partes tenga esa edición la perfección posible, respecto de que siendo

muchas las que se han publicado del Quixote no hay ninguna buena ni tolerable».

Este ambicioso programa puede en justicia darse como conseguido con el trabajo rematado en 1780 por el impresor madrileño Joaquín Ibarra, que por fin sitúa el modelo iconográfico español de *El Quijote* a la altura que le correspondía. El proyecto es objeto de detalladísimas directrices por parte de nuestra Academia, para lo que se comisiona a un grupo de tres de sus miembros de número entre los que está el mexicano Manuel de Lardizábal. Hay, sin embargo, en su trabajo un borrón que no es fácil explicar: el rechazo de la ilustración inspirada en el episodio del rebuzno que un joven artista llamado Francisco de Goya y Lucientes entrega... y cobra.

En el año de su tricentenario, la Real Academia Española quiere rendir homenaje a aquella benemérita y primorosa publicación y saldar al tiempo su deuda con el genio de Fuentetodos recuperando su dibujo inédito. La presente edición de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* reúne además dos características excepcionales.

La primera de ellas tiene que ver con la dimensión plástica. Lo que ahora se imprime como ilustración del relato cervantino no son las láminas de 1780, sino los originales de los dibujantes (Arnal, Barranco, Brunete, Antonio e Isidro Carnicero, Castillo, Ferro, y Jerónimo Gil) sobre los que distinguidos grabadores como Ballester, Barcelón, Brieva, Cruz Cano y Olmedilla, Fabregat, el propio Gil, Minguet, Moles, Muntaner, Palomino, Salvador Carmona o Selma realizaron sus planchas.

Cumple destacar, sin embargo, la segunda característica que singulariza esta nueva edición de *El Quijote* que la Real Academia Española ha emprendido en el año de su tricentenario.

*El Quijote* es un libro regocijante, concebido como una cadena de episodios protagonizados por una pareja de personajes camineros, de imagen inconfundible, hablar sabroso y suerte desventurada. Humor melancólico el de Cervantes, pues casi todas las peripecias del hidalgo desmañado y de su bonachón escudero

Sancho –papel magistralmente recreado por Mario Moreno «Cantinflas» en la película de 1973 *Don Quijote cabalga de nuevo*, dirigida por el mexicano Roberto Gavaldón– derivan en auténticos gags en los que la pareja protagonista resulta burlada, apedreada, manteada, apaleada, perseguida, y siempre ridiculizada. Y sin embargo, tanto uno –el gordo–, como el otro –el flaco–, acaban por fijarse en la memoria de los lectores como figuras nobles, profundamente humanas, llenas de sabiduría libresca y popular a la vez. Inolvidables.

La cumplida extensión de las dos partes de *El Quijote*, acrecentada por la interpolación de narraciones secundarias, así como la riqueza de su léxico y el amplio juego sapiencial, erudito y retórico del que el autor echa mano, frecuentemente en clave irónica, pueden convertirse, sin embargo, en barreras que dificulten la lectura de los más jóvenes.

Por esta razón, desde el siglo XVIII se venían publicando en Francia e Inglaterra ediciones abreviadas y bellamente ilustradas con destino a ese público. En España, la lectura es reconocida como una práctica fundamental en el proceso educativo desde el Reglamento de las Escuelas Públicas de Instrucción primaria elemental, que es de 1838, hasta la Ley de Instrucción Pública promovida en 1857 por el ministro Claudio Moyano. Y así, desde mediados del siglo XIX se favorece la difusión de la obra cervantina mediante ediciones como *El Quijote de los niños y para el pueblo, abreviado por un entusiasta de su autor Miguel de Cervantes*, que seguirá siendo reeditada incluso en el siglo XX por la Librería y Casa editorial Hernando. En 1867 se publicó en París *El Quijote de la juventud* extractado por Domingo López Sarmiento y en 1885 aparece *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha arreglado para que sirva de texto de lectura en las escuelas de instrucción primaria*, compendiado por Juan Manuel Villén.

Ya a principios del nuevo siglo, la «Edición Calleja para las escuelas» será la más exitosa de todas estas ediciones que por lo general recurren asimismo, para favorecer el encuentro de los más jóvenes con *El Quijote*, a las ilustraciones, procedentes en muchos

casos de la paleta de grandes dibujantes o pintores como el inglés William Heath Robinson o el francés Henri Morin.

Por otra parte, la conmemoración centenaria del primer *Quijote* de 1605 da lugar a varias iniciativas gubernamentales como la de la erección en Madrid de un monumento a los inmortales personajes cervantinos o la recomendación de *El Quijote* como libro de lectura escolar mediante una Real Orden de 24 de mayo de 1905 (*Gaceta* de 26 de mayo).

Tanto una como otra directriz gubernamental y legislativa no debieron de alcanzar suficiente grado de realización como para que otra Real Orden de 12 de octubre de 1912 (*Gaceta* del 13 de octubre) no retomase de nuevo el asunto del monumento y estipulase que los maestros nacionales debían dedicar un tiempo todos los días a leer y explicar brevemente la obra cervantina, a la vez que solicitaba de la Real Academia Española que informase «acerca de la forma, plan de publicación y personas a quienes haya de confiarse la dirección de dos ediciones del *Quijote*, una de carácter popular y escolar y otra crítica y erudita».

Será, sin embargo, en 1920 cuando se proclame la obligación de la lectura diaria de *El Quijote* en las escuelas españolas. A tal fin, se comprometía la publicación de una edición abreviada, a cargo de un académico de la RAE secundado por el director de la Biblioteca Nacional y un catedrático de la Universidad central.

No es caso de comentar aquí y ahora la controversia que tal disposición legal provocó. A favor, destacaba la opinión ya desde antes expresada por Miguel de Unamuno, autor en 1915 de *Vida de don Quijote y Sancho*. En contra, ni más ni menos que José Ortega y Gasset, que en 1914 había publicado sus *Meditaciones de El Quijote*.

Ortega escribe en 1920 un amplio ensayo titulado «El Quijote en la escuela», en el que comienza afirmando que la «Real Orden quijotesca» le parece «en muchos sentidos un desatino», en la misma línea de las valoraciones hechas a este respecto en el diario *La libertad* por el académico de Ciencias Morales y Políticas don Antonio Zozaya.

Pero las razones de la oposición a la medida ministerial por parte de uno y otro eran muy distintas. Zozaya consideraba que el tiempo dedicado a *El Quijote* no redundaría en beneficio de una formación útil para la vida práctica de los alumnos. Ortega, por el contrario, rechazaba un currículo pragmático, pues «no es lo más urgente educar para la vida ya hecha, sino para la vida creadora». No le estorbaba la obra de Cervantes en la escuela «porque sea un libro añejo, inadaptado a la realidad contemporánea», sino porque era un libro desmitificador. Y el mito, al que define con una de sus fulgurantes metáforas como «la hormona psíquica», le parecía «generatriz de inagotables entusiasmos», y «el niño debe ser envuelto en una atmósfera de sentimientos audaces y magnánimos, ambiciosos y entusiastas [...] deberá apartarse de su derredor cuanto pueda deprimir su confianza en sí mismo y en la vida cósmica, cuanto siembre en su interior suspicacia y le haga presentir lo equívoco de la existencia».

La Real Academia Española se demoró en atender aquella Real Orden de 12 de octubre de 1912 antes citada. La edición «crítica y erudita» que entonces se le encargaba aparece, al cuidado de Francisco Rico, en 2004 como conmemorativa del cuarto centenario de *El Quijote*, y en 2015 se publicará otra versión, totalmente ampliada y renovada, como obra del catálogo de la Biblioteca Clásica de la Real Academia que empezó su andadura en 2011.

Pero aquella otra edición «de carácter popular y escolar» es la que ahora aparece con la singularidad ya comentada en lo que a sus ilustraciones se refiere y otra que precisa comentario aparte, pues le confiere un indudable sello de excepcionalidad.

Esta nueva edición de *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha* ha sido adaptada a partir de la de Ibarra de 1780 por Arturo Pérez-Reverte de acuerdo con los criterios que el propio escritor y académico expone en una nota que precede al presente prólogo.

Aparte del tratamiento especial y novedoso que se ha dado a las ilustraciones, y el rigor filológico con que se ha operado

a la hora de actualizar la lengua de *El Quijote* sin desnaturalizarla ni empobrecerla, es destacable el trabajo de adaptación conforme a las exigencias de la más pura narratividad, que un novelista de tan reconocida maestría como Arturo Pérez-Reverte domina, para casar del modo más efectivo las fábulas novelísticas con el entendimiento de sus lectores, para facilitar los imposibles, allanar las desmesuras y suspender los ánimos, todo con el sano propósito de admirarnos, alborozarnos y entretenernos. Es decir, para acomodar esta edición especial de *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha* a la regla de oro de la poética narrativa de Miguel de Cervantes Saavedra tal y como leemos en el capítulo XXX de su primera parte.

Darío Villanueva

Secretario de la Real Academia Española





*Cavaliere imo.*

*tom. 1. lam. 2.*

PRIMERA PARTE  
DEL INGENIOSO HIDALGO  
DON QUIJOTE DE  
LA MANCHA



## CAPÍTULO I

### Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha

**E**n un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda. Y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas fanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y, de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de

desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura». Y también cuando leía: «Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza».

Con estas y semejantes razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mesmo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recebía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se le estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar —que era hombre docto, graduado en Sigüenza—, sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Ingalaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo, que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo; y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos, del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dio prisa a poner en efecto lo que deseaba.

Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiolas y aderezolas lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que, para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue luego a ver a su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque —según se decía él a sí mismo— no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así procuraba

acomodársele, de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba. Y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar «Rocinante»: nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar «don Quijote»; de donde —como queda dicho— tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero, acordándose que el valeroso Amadís no solo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse «don Quijote de la Mancha», con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse, porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él:

—Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: «Yo, señora, soy el gigante Caraculíambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás